



XLVII

No solamente se querían los dos hermanos, sino que se sentían ligados por lazos misteriosos, por ataduras psíquicas, por átomos adhesivos y naturalmente gemelos— aun cuando la edad de ambos era diversa, y diametralmente opuestos sus caracteres.—Pero sus primeros movimientos instintivos eran exactamente idénticos. Experimentaban simpatías ó antipatías igualmente repentinas, y si iban á algun sitio, al salir de él se llevaban impresión totalmente análoga de las personas que en él hubiesen visto y tratado. No sólo los individuos,

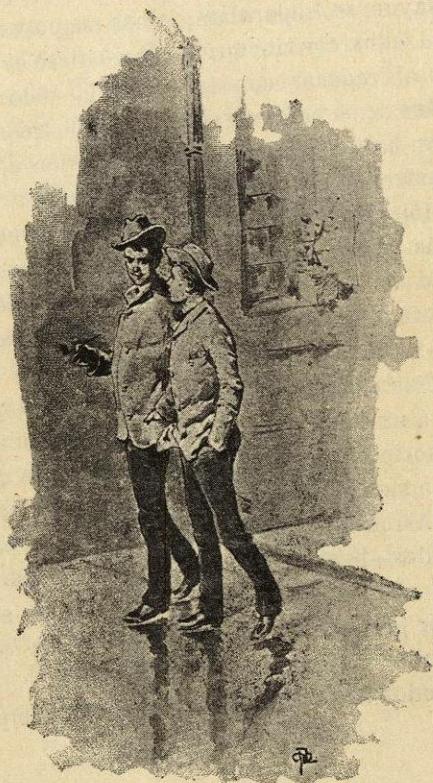
sino los objetos inanimados, que sin razón fundada atraen ó repelen, les decían las mismas cosas al uno que al otro. Y, por último, las ideas, esas creaciones del cerebro que nacen no se sabe cuándo ni por qué, y suelen asombrarnos con su aparición: las ideas, en que ni los seres unidos por el amor coinciden, eran comunes y simultáneas en los dos hermanos, que á menudo se volvían el uno hacia el otro para decirse una misma cosa, sin poder explicarse la rara casualidad de ver brotar á un tiempo mismo de dos bocas idéntica frase. Moralmente enganchados así, los Bescapé necesitaban confundir su vida diurna y nocturna; costábales trabajo separarse, y cuando el uno se ausentaba, advertía el otro...—¿cómo lo expresaré?—el sentimiento extraño de algo descabalado, de algo que de repente entra en una existencia incompleta. Si uno de ellos salía á la calle por espacio de algunas horas, parecía llevarse consigo las facultades del hermano que quedaba en casa, el cual no acertaba á ocuparse sino en fumar, impaciente, hasta que el otro volvía... Y si pasaba la hora señalada para la vuelta, el cerebro del que esperaba poblá-

base de desventuras, catástrofes, vuelcos, transeuntes hechos tortilla, preocupaciones de tan siniestra estupidez, que le obligaban á ir y volver con agitación desde el extremo de su cuarto á la entrada de su alojamiento. Así es que sólo por caso de fuerza mayor se separaban; jamás aceptaba uno de ellos convite á que no asistiese el otro; y al repasar con la memoria todos los años de su común existencia, sólo recordaban haber pasado en cierta ocasión veinticuatro horas cada uno por su lado.

Importa añadir que aún existía un resorte más poderoso para estrechar la fraternidad de los dos hermanos. Su trabajo se confundía de tal modo, y hasta tal extremo se mezclaban sus ejercicios, y lo que hacían era tan de ambos, que nadie elogió á ninguno de ellos en particular, sino á la sociedad, y alabanzas y censuras se dirigían siempre á la entidad moral de la pareja. Así es que aquellos seres no tenían para los dos—hecho casi único en la historia de los afectos humanos—más que un solo amor propio, una sola vanidad y un solo orgullo, herido ó lisonjeado á la vez.

Todos los días de Dios veían con simpa-

tía los habitantes de la calle de las Acacias, asomados á sus puertas, ir y volver juntitos á los dos hermanos, un poco rezagado el pequeño por la mañana, y un poco de lantero por la tarde, á la hora de comer.



XLVIII

Vestían igual los dos hermanos, y gastaban sombreros muy chiquitos, cepillados con primor, corbatas cruzadas con alfiler de oro que figuraba una herradura, americanas cortas, de hechura de chalecón de palafrenero, pantalones color avellana, que en mitad de la rodilla señalaban con cuatro arrugas la rótula, y botas de doble suela con mucho cobre. Sus trazas eran análogas á las trazas de las gentes empleadas en las elegantes caballerizas de un Rotschild, y notábase en ellos algo de correcto, de *britanizado*, de serio y plácidamente grave en la apostura, que es propio de los acróbatas cuando no visten el traje de su profesión.



XLIX

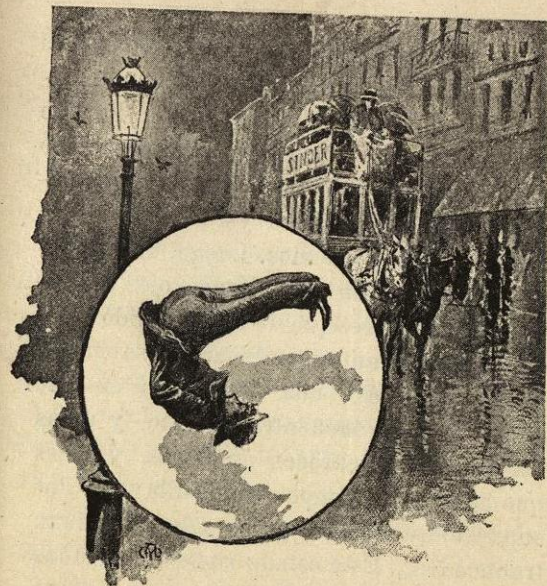
Con todo, presentábase ocasiones en que el fondo infantil del carácter de Nelo asomaba al través de su postiza gravedad, y el correcto caballero se permitía alguna diablura, realizada con seriedad propia de un ilusionista inglés. Al terminarse la representación del Circo, sucediales por ventura á los dos hermanos tomar el ómnibus de las Ternas para volverse á casa. Ya se sabe lo que es el público del ómnibus de las once de la noche, máxime si por añadidura se dirige á un arrabal: gentes buenas y candoro-

sas, cansadas y soñolientas, envueltas en tinieblas que á cada instante surcan relámpagos de luces; gentes de obtusa y embotada sensibilidad, de digestión generalmente laboriosa y á quienes el sacudimiento del coche, al bajarse un viajero, estremece en mitad de su sopor, dejándolas medio adormiladas. Estas honradísimas personas tenían, durante todo el viaje, la vaga percepción de llevar al lado dos caballeros bien puestos, de finas trazas, que habían alargado al conductor sus doce cuartos con distinción exquisita; cuando héte aquí que al doblar la esquina de la calle de las Acacias, en el semidespertar que produce la repentina detención del omnibus, veían... Lo que veían era tal, que las doce narices de los viajeros que quedaban, repentina y fantásticamente iluminadas por los dos faroles, se tendían con movimiento simultáneo, como una sola nariz, hacia la oscuridad de la calle de las Acacias, entre la cual iba perdiéndose una espalda impasible.

Era que Nelo, al llegar al estribo del omnibus, había pegado el salto mortal, y después de bajarse de tan inusitada manera, retirábase andando vertical y formalmente,

como todo el mundo, dejando á sus compañeros de viaje que se preguntasen con los ojos, con afanosas é inquietas miradas, si habían sido, los doce á un tiempo, juguetes de rara visión.





L

—¡Ea, mayorazgo!—decía Nelo cierto día á su hermano, con cariñosa ironía:—¡ánimo, qué demonio! Ya estamos al cabo de lo que pasa... Se te ha muerto otra criaturita y tenemos que cantarle el *De profundis*.

—¡Hola! ¿Conque te hiciste cargo de que había novedades?

—¡Pardiez! Juanillo, si tú te clareas más que un vaso de agua... ¿Quieres que te explique como haces? Verás, verás. Por de pronto, dos ó tres ó cuatro y á veces cinco y seis días, me respondes *sí* por *no*, y vice-versa. Adelante, pienso yo para mi sayo; crisis inventiva tenemos. Luego, una mañanita en que miras con tiernos ojos al desayuno, y parece que le estás dando gracias á todo cuanto manducas por saber tan bien... Después, una temporada en que cuanto ves lo encuentras barato, y todas las mujeres te parecen preciosas, y dices que hace buen tiempo cuando diluvia... Por supuesto que los *sies* y los *noes* continúan trabucados... Este estado suele durar unas dos ó tres semanas... De repente se te pone la cara de hoy, cara de eclipse total... y yo digo para mis adentros, sin chistar: ¡Ya falleció la habilidad inventada por mi señor hermano!

—¡Guasón de los demonios, más te valiera ayudarme... y hacer por tu parte algo en pro del invento!

—¡Cualquier día! Lo que tú discurras, corriente, lo ejecutaré, aunque me cueste desnucarme... Pero el idearlo es cuenta tuya:

descanso en ti, como un patriarca... Yo no nací para secarme el meollo cavilando... Si me sacas de los adornitos y las tonterías con que sazono los ejercicios, *sanseacabó*... Me encuentro feliz y contento viviendo así; no tengo hambre ni sed de gloria.

—Después de todo, estás en lo cierto... Soy un egoistón. Pero no puedo vencerme. Tengo una manía; estoy chiflado por encontrar algo que nos haga célebres... Algo que dé que hablar al mundo: ¿sabes tú?

—¡Amén! Pero, francamente, Juanillo, si me diese por rezar todavía, rezaría mañana y tarde para que no llegue el caso.

—Sí, ¡que no te pondrás tú más hueco que yo mismo!

—Será fácil, será fácil que me ponga hueco...; pero, bien mirado, ¡qué simpleza! Y es posible que nos cueste la torta un pan.





LI

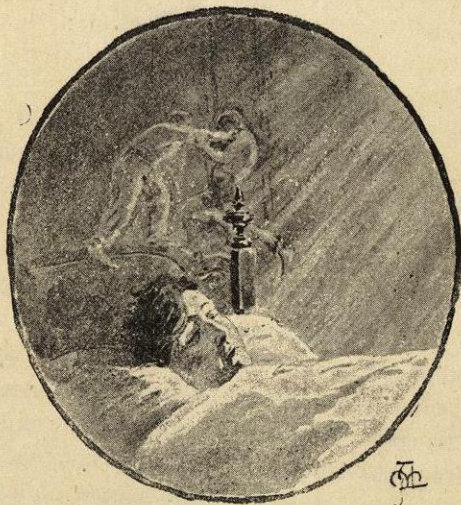
Llevaban los dos hermanos vida sosegada, metódica, igual, modesta, casi puede decirse que casta. No tenían queridas, no bebían sino agua teñida de vino. Su mayor diversión era ir todas las noches á dar un paseito por el bulevar, y pararse en todas las columnas, sucesivamente, á leer en cada anuncio sus nombres impresos, tras de lo cual regresaban á su casa y recogíanse.

La fatiga corporal de su trabajo en el Circo y de los ejercicios que en casa ejecutaban diariamente, durante horas enteras, para que no se les enmoheciesen las junturas

ras y el trabajo no resultase *endurecido*; la incesante preocupación de su oficio y carrera de gimnastas; la perpetua tensión de sus cerebros, ocupados en discurrir novedades para su número, comprimían en ambos mancebos el ardor de la sangre y las tentaciones de libertinaje que engendran otros modos de vivir, no exclusivamente absorbidos por el cansancio del cuerpo y la preocupación de la mente. Eran además los dos hermanos conservadores de la pura tradición latina, la que hará unos veinte años ponía en boca de los últimos atletas que vivieron en tierra romana el axioma de que los hombres de su profesión deben ceñirse á una *higiene sacerdotal*, y que la fuerza no se conserva en toda su plenitud y todos sus recursos sino á costa de privarse de Baco y Venus: tradición procedente en línea recta de los luchadores y artistas musculares de la antigüedad.

Y si teorías y preceptos no ejercían autoridad bastante sobre la mocedad de Nelo, más ardiente y amante del placer que su hermano, vivía en los recuerdos infantiles del hermano menor, hondamente impreso como lo están las cosas que se graban en la

memoria durante los primeros años, el cuadro del terrible é invencible Rabastens, tumbado patas arriba por el molinero del Bresa; y este espectáculo, que con pavor casi supersticioso evocaba Nelo, recordando la decadencia física y moral del infortunado Alcides después de la derrota, le había salvado de dos ó tres deslices, al punto mismo de ir á caer en ellos.





LII

El cariño de su hermano preservaba también á Nelo, aunque tan lindo mozo, de las seducciones con que á cada paso tientan las cortesanas á los hombres que tienen por oficio lucir hermosas formas bajo un traje de punto. Las mujeres, por livianas que sean, no gustan de las intimidades entre varones, recelando que han de robarles mucha cantidad del exigido afecto: en resumen, la mujer enamorada teme á las grandes amistades masculinas. Nelo, por otra parte, cuando estaba entre mujeres, tenía la feliz desventaja de intimidarlas y quitarlas todo

aplomo, con la risueña ironía de su semblante, con una sonrisa natural é involuntariamente burlona; sonrisa que, al decir de cierta hembra, parecía que *mandaba á todo el mundo á paseo*. Y por último—cosa escabrosa para dicha—en algunas amigas de amigos de Nelo asomaban en ocasiones atisbos celosos, producidos por la indole de su belleza, y por lo mucho que tenía de robado á la hermosura femenil.

Una noche, cierto picador—que montaba al alta escuela ostentando unos muslos soberbios, ceñidos con calzón de ante, y á la sazón gozaba los favores de una *horizontal* famosa—llevó á Nelo á cenar en casa de su querida. Así que Nelo se retiró, el picador, que le quería realmente y había observado la frialdad y descortesía de la dueña de casa durante la cena, empezó á deshacerse en elogios de su compañero. Oíale su amante muy silenciosa, como mujer que no quiere soltar la lengua, entreteniéndose en dar vueltas á lo primero que encontraba, y mirando sin saber á qué en el aire. Él proseguía, fingiendo no advertir el mutismo de ella.—¿No te parece muy simpático este chico?—decía el picador, acen-

tuando el interrogante. Callaba y callaba la señora, y en su frente se reflejaban ideas raras que no osaban producirse al exterior, y sus ojos seguían errantes por los espacios, y su piececito se agitaba impaciente.

—Pero, sepamos, ¿qué defecto le pones á este chico?—exclamó impaciente el amigo de Nelo.

—¡Que tiene boquita de mujer!—pronunció al cabo la querida del picador.

